

Augusto d'Halmar

## De mi último viaje



**R**ECIOS aldabonazos en la portalada de la alquería, sobresaltaron a los perros que, cosa extraña, en vez de responder con ladridos, se pusieron a aullar lastimeramente; mas, como no acudiera nadie a abrir, hube de hacerlo yo, por haberme despabilado el alboroto.

Descendí a tientas, pero con agilidad la escalera que, pocas semanas antes, cuando vine para reponerme al campo, subí con harto desmayo; crucé el zaguán donde descolgué un farol y a su resplandor entreví los muestrarios de testaceos que durante tantos años yo había reunido en las más opuestas playas del orbe, y enviado a mi casa paterna, y que fueron atestando las vitrinas, con los despojos de otras tantas mareas. Fulguraron fugazmente los gasterópodos, en huso, voluta, caracol, casco, bocina o abrojín: arpas, haliótidos, limneos o lapas; las ostras, las navajas, las fóladas, los peines y las tridáenas, de los lamelibranquios y los celentéreos con sus corales, actinias y veretilos. Y si en su frágil tímpano proseguían resonando las marejadas,

en mi retina más recóndita seguían reluciendo los litorales donde los recogí.

Fuera ya, la llama palpitó agitada por el mismo imperceptible soplo que hacía vacilar las estrellas, y el gemido de los perros se prolongó más desolado en la doble repercusión de las altas horas y las soledades. Habían cesado los porrazos al portón, pero a través de sus juntas discerníanse vagos rumores, como de un carro pesado o una carreta, y creí sería alguna rezagada de la vendimia. Entonces alcé la tranca y abriéndose las dos batientes, chocaron contra ambos paredones del portal.

Y al solo aspecto del equipaje que aguardaba, se desvaneció la realidad, como una cosa ilusoria, y la ilusión se hizo real. Sin ruido, la puerta de lo que fué mi casa se había tornado a entornar a espaldas mías; no lucía en sus ventanas luz alguna y la de mi linterna amenazaba extinguirse.

A sus inciertos destellos, conseguí distinguir el carrromato y reconocerlo, aunque hasta entonces no hubiera sino oído hablar de él. Porque era el de la Santa Compañía o Compañía que, al venir el Mes de las Animas, recoge a domicilio, según la superstición celta, las de cuantos mueren por esa época. En su lóbrego interior, se les adivinaba. Y el carrero, que dejara el pescante para llamarme, no había vuelto a ocuparlo. Como si se tratara de algo ya previsto, tomó de mis manos el farol y lo apagó del todo.

—Me coge usted de improviso, como siempre—ar-

güí por no dejar.—¿No querría esperarse a que recogiera mis avíos de fumar y mis arreos de rodar tierras? Estoy tan hecho a liar el petate, que en el menor tiempo posible logro reducirme a lo más preciso.

Pero el cochero no parecía dispuesto a prolongar su alto en el camino. Con la fusta me enseñó la trase-ra por donde yo podía montar a su desvencijado coche. Y entonces, como en todos mis actos, yo obedecí a la suerte.

—Buenas noches, señores—dije por decir algo al instalarme en la sombra y entre dos sombras.

—Santas y buenas—me replicaron de varias partes, buenas y santas.

—Como aun no es la fiesta, supongo, continué jovialmente—que no iremos hacia San Andrés de Teixido, «donde sólo va muerto quien no fué de vivo», y yo, señores, cumplí en mis tiempos y en su día con el devoto peregrinaje.

—De otros trotes se trata—intervino el carretero, volviendo la cabeza (lo adiviné, sin poder verlo, por la dirección de su voz). ¡Y basta por lo pronto de charlas!

Esa brusquedad, estos invisibles e incógnitos compañeros de viaje, diéronme la repulsiva impresión, en vida no experimentada; de un coche celular, y la completaron sus vaivenes en los baches de la carretera. Aquel zangoloteo era un poco el de las antiguas diligencias por tierra, o el de la barca en el mar, o del

dromedario en el desierto, y me evocaba todo eso: desiertos, mares y tierras.

Yo me adormezco intermitentemente o me desvelo, en un duermevela desasosegado de fumador, sin pertrechos ni recursos; oigo que alguien sofoca sus sollozos y, sin querer, póngome a dar vueltas a lo que no se me había ocurrido: a la extrañeza que causará mi ausencia cuando se percaten de ella; a mi propio sentimiento al separarme de los míos, y a como, si yo no he de volver ya, tampoco me atrevería siquiera a desear que se me reuniesen, cuándo, ni dónde.

¿Dónde y cuándo? Son preguntas que venimos dirigiéndonos unos a otros, o a nosotros mismos, durante una jornada que acaso haya sido breve como la noche, pero que se nos ha antojado tan interminable, como cuánto barruntábamos de lo que no tiene término. Por llanos, atajos o vericuetos, por bruscos despeñaderos o cuestas escarpadas, continúa la carreta de la Santa Compañía su marcha, con estaciones intermedias, donde carga nuevos pasajeros. Las granjas duermen y los canes velan. Sólo, muy de tarde en tarde, un caminante retrasado, una pareja de novios trata de taparse ojos y oídos, a fin de no percibir el espectro del carro que pasa, ni el chirrido desapacible de sus ruedas... Para cuando un día pare a su vera, de ahí en adelante hará penitencia el visionario y, más escarmentado que nosotros, dispondrá mejor su hatillo.

Y como dentro del sueño eterno caben todos los efímeros sueños, pego la hebra de uno cualquiera y la

devano y urdo. Es como si rehilara en una rueca la trama deshecha de lo que fué la vida con sus frustadas posibilidades y sus temores fallidos; los amores que pudieron y los que no debieron ser. Estéril y a la vez contrito examen de conciencia, ya sin escrúpulos ni remordimientos.

Divagaciones ociosas sobre un mañana que fué ayer, el ajetreo de la calesa, carricoche, o lo que sea este andariego y cansino armatoste, nos mece con el cabeceo cadavérico de quienes, esta vez, sí, ya no hemos de despertarnos. Desearía que alguien fumase, para que me convidara.

El amodorramiento dura tanto cuanto el trayecto, y el trayecto tanto cuanto la noche, lo cual significa que al amanecer llegamos tan frescos a destinación que no era tal, pues no destinaba nada. Debíamos ir aprendiendo a costa nuestra que cada una y todas las terminaciones del viaje sin fin, no venían a ser sino simples paradas o etapas.

De todos modos esta primera nos procuraba el gusto de poder vernos las caras cuantos habíamos viajado juntos, cayendo en cuenta de que éramos perfectamente extraños unos para otros, y el disgusto de que el «otro mundo», de los mortales, no diferiera del que dejamos al volvernos inmortales. Porque también fuimos aprendiendo que, como nada existe fuera de la memoria, eran nuestros recuerdos los que proyectándose hacia afuera, o sea exteriorizándose, creaban en cierto modo una ficción, punto más que vidente, punto me-

nos que evidente, sin otra corporeidad que la que nosotros mismos podíamos prestarle. La vida eterna dependía, pues, por estrecho modo, de la que pereció con cada uno en cada cual, y debíase su persistencia a sucesivas caducidades. En lo marcescente se injertaba y prendía lo inmarcesible. ¡Y basta ya de sutilezas!, como diría, de oírme nuestro lacónico Faetón.

La capitalísima Josafat, donde caíamos como de la Tierra a la Luna, participaba en su aspecto, del Londres de mi infancia, el París de mi adolescencia, la Constantinopla de mis años mozos y el Madrid de mis últimos años. A la par cómoda y suntuosa, estaba, pues, llena de unción y de animación, y era a mi entender, la cosmópolis por excelencia y la síntesis del cosmos, tal cual lo concebí en mis periplos de oceanógrafo, según me denominaron ampulosamente las gacetas, o de rebuscador de valvas, conforme me calificó yo.

Poco hubiera podido espigar para mis colecciones de moluscos acéfalos, cuyas variedades volvía a inventariar mi pensamiento, como cuando recorrí sus vitrinas al abandonar la casa por última vez: (algún cono acaracolado, alguna caracola en espiral, una concha abarquillada en forma de pila de agua bendita o desplegada en abanico, nácar, carey y porcelana, y sobre todo, uno de esos estrombos de las aguas cálidas del globo, de los cuales se sacan los camafeos, con el encarrujado recorte y la transparencia exangüe de un gigantesco pétalo de rosa a contraluz). Pero mi vocación

zoofitológica había cedido el paso al interés de conocer lo desconocido y distinguir el todo o el algo que contenía la nada.

Nos habían devuelto nuestra libertad al llegar y tiró cada cual por donde quiso. Yo no pude menos de detenerme asombrado ante una catedral que nos salía al paso.

—¿Pero aquí subsisten hoy tales vestigios?—me pregunté en voz alta.

No sólo templos de todos los credos, sino palacios de todo orden, escuelas, preventorios y correccionales. Y, por haber, hasta había mercados, bazares y cafés, estadios y piscinas. Casi no valía la pena permutar la vida por Otra Vida, como dimos en llamar la Muerte.

Ni el esperanto, esperanza de inteligencia universal, había unificado el poliglotismo de estos seres venidos de todas las tierras de la Tierra, y acaso de otros planetas. Babel, donde convergían razas, lenguas y cultos, las diferencias iniciales perduraban a través de la amalgama y del acendramiento.

Mas... Desde los primeros pasos por aquella metrópoli, extrañábase, por ausencia, una presencia, no se sabía si indispensable o embarazosa, si fausta o infauستا, pero primordial en todo caso. ¿Se había disminuído un goce o suprimido un dolor? Este dilema de recuerdo olvidado, acaso constituía el fenómeno predominante de la transmigración.

Las exclamaciones de un transeúnte y unas mías simultáneas, echáronnos al uno en brazos del otro. Resultaba recíproca nuestra sorpresa, por cuanto ni él ni yo nos sabíamos despojados de la envoltura terrenal.

—¿Tú por aquí, desde cuándo?

—¿Desde cuándo tú por aquí?

Miranda (en la Facultad de Ciencias le llamábamos «Miranda el de los Ojos Verdes») aquejado hacía mucho por el reuma, había resuelto, de la noche a la mañana, el gran viaje y echóle antes que yo, lo cual le permitía brindársenos como guía—Virgilio, decía él—pora los círculos de aquel infierno.

—En el Barrio de España, hasta tenemos un círculo los paisanos—me previno antes que nada ese andaluz recalcitrante. Creo será el primer Círculo Andaluz que prospere, dadas nuestras desuniones, y no faltan manzanilla ni pejerreyes de estos ríos de leche y miel.

Yo observaba desanimado, que Miranda el de los Ojos Verdes, seguía apareciendo senil y valetudinario, como en sus postrimerías. ¡No se había remozado, no, cual si el cambio de clima psíquico poco tuviera que ver con los quebrantos físicos! No pude menos de hacérselo notar.

—¡Qué quieres—me explicó con resignación—como los achaques de la carne, gajes son del espíritu, continúan afligiéndonos, cuando ya desencarnados no somos sino espíritus! Es pejigoso, pero por lo menos se sabe que aquí no puede sernos mortal.

—Parece paradójico un reino de las sombras poblado de cuerpos con alifafes, cuando menos astrales—proseguí yo sarcásticamente.

—Ahórrate pareceres. La voz y la luz expiran, pero el eco y el reflejo perduran—resumió Miranda el de los Ojos Verdes.

—Ante todo, dame un pitillo.

—No los llevo, sino contra el asma.

Yo traté de disipar mi fracaso, con el espectáculo del gentío.

—Aparte la privación de fumar—dije tragando saliva y bilis—¿podrías decirme lo que se pasa en esta capital, para que yo note que falta algo sin poder saber qué?

—¡Rediez! ¡Tú siempre tan galantemente distraído! ¡Mujeres, hombre, mujeres! Las eché de menos aun antes de darme cuenta de su inexistencia.

—¿Su inexistencia?

—O tu sobrexistencia o supervivencia, como prefieras. Parece que los Padres de la Iglesia abundaban en razón y que las mujeres ¡pobres alhajitas! no gastan alma, como los gatos.

—¡Tampoco los gatos! —interrumpí sinceramente alarmado.

—Suele decirse — prosiguió aquel impenitente refranero—que cada cual guarda su alma en su almarío; pero, al parecer, sólo nosotros varones, aunque hijos de mujer, tenemos madera para eso. ¡Todo sea por Dios!

—Si no hay Evas, hemos devuelto a los Adanes el estado de gracia paradisiaca y esto ha de ser pura gloria—aduje maliciosamente.

—O hemos zozobrado, huérfanos y viudos, en la mar sin orillas del aburrimiento—rectificó mi interlocutor. Menos mal que los apetitos carnales se nos han simplificado y que nadie vendrá aquí a leernos un drama de amor.

—¿Luego, no se hacen dramas?

—Ni se escriben, sobre todo, y por eso valdría la pena de creerse en la gloria, como dices; en la castrada y pajolera gloria, tan apetecida por beatos y literatos.

Miranda volvía a usar el enérgico vocabulario de sus buenos tiempos. Yo no acababa de desenredar aquel lío.

—¿Para qué iglesias, sin haber mujeres, y por qué no habiéndolas, hospitales ni presidios?

Mi fantasía se desaforaba por campos de humorismo; pero, muy en el fondo del alma, a la cual había quedado reducido mi yo, me corroía la inexpresable decepción de que ese Más Allá, que ya estaba ahora más acá, resultase vacío de promesas, puesto que ninguno de nosotros, ¡ninguno! volvería a ver ¡nunca! a su Dulcinea.

Perplejo en los límites del misterio a punto de revelarse, pensaba si rebuscando pacientemente entre la infinidad multitudinaria de cuantos fueron (como se busca una especie rara de concha en los arenales de las

playas de la tierra y el mar, o una perla entre miríadas de conchas) pensaba, digo, si no llegaría a encontrar yo a mi madre, la mía, siquiera.

Así como así, tenía por delante el infinito, pero también la eternidad.

Yuste, 10-12 de octubre de 1932.